

POR

TIERRAS

Españoles

en el



DE

ESPAÑA

Frente

Francés

[A cargo de «Diófele»]

Madrid. La Puerta del Sol

El ilustre escritor L. Gómez Carrillo, publica en "El Liberal" de Madrid, un interesante artículo acerca de "La gesta de los voluntarios españoles," en el frente francés.

Quiero inaugurar esta sección, con dicho interesante trabajo:

Lo que en él se consigna habla eloquentemente de lo que es, vale y siente el pueblo español. Y siempre es grato que se sepa, que nuestro espíritu caballeresco e hidalgo no ha muerto.

"En el único libro que existe sobre la legión extranjera, después de ver pasar a muchos rusos, a muchos polacos, a muchos italianos encontramos en una de las últimas páginas a un voluntario español, mejor dicho, a una especie de fantasma que parece escapado, con su bravura salvaje y su rostro hirsuto, de la gesta de los almogávares.

Estamos en el Artois, en plena batalla. Los héroes del coronel Cot mueren y matan furiosamente, alegremente, embriagados de sangre y de odio. Cada uno blasfema en su lengua, y el concierto de voces hace pensar en un falange de Babel defendiendo un firón de la tierra prometida. Los heridos abandonan el terreno maldiciendo su suerte. De pronto aparece en la ambulancia un hombre conducido por dos compañeros. "Es—dice—Albert Erlande un mozo de mediana estatura, flaco y moreno, que lanza miradas furiosas. De su sien derecha, a raíz de la cabellera, la sangre mezclada con una materia blanca y espesa, mana. El médico pregunta quién es, y uno de los que le sujetan contesta:

"—Español.

"Al oír esa palabra, el herido hace con la cabeza un signo afirmativo. Luego se golpea el pecho y comienza a llorar:

"—¿Cómo te llamas?

"Para responder, enseña su placa de identidad, atada con una cadena a su muñeca. El médico lee: Tarás.

"Uno de sus compañeros explica entonces lo que le ha pasado.

"—Estábamos en un puesto avan-

zado y pescó una bala.... No quiere dejarse llevar al hospital.... En cuanto se sintió herido cayó la bayoneta y quiso lanzarse al ataque.

"Tarás coge el fusil de un camarada, lanza su ladrido y, muy erguido, con dos ojos muy abiertos, hace comprender que no quiere que lo curen, que quiere ir a matar alemanes. Su mano señala los Ouvrages Blancs. Como no puede hablar, pide un lápiz y escribe:

"—Quiero ir al ataque.

"El médico y los soldados se miran con miradas de asombro. Tarás también los mira muy tranquilo. Para que se deje vendar la cabeza hay que asegurarle que el ataque ha sido suspendido y que su batallón acaba de ser reemplazado por otro batallón en las trincheras. "Van a llevarte en una camilla," le dice el médico.

"—No—contesta haciendo un gesto el herido, y moviendo las piernas indica que puede andar.

"Muy emocionado, el mayor le ofrece un cigarrillo. Tarás lo enciende, y luego se vuelve a sus compañeros recomendándoles que le busquen sus armas. Los enfermeros lo esperan; él los rechaza y se marcha solo en busca de su compañía. A los cien pasos cae muerto."

Este cadáver que anda, este fantasma rugiente que ve con indiferencia su propia masa cerebral escapársele por un agujero es, sin duda, una magnífica imagen del valor español, en el cual queda siempre algo de épico salvajismo africano. Pero los que leen el libro de Albert Erlande se forman ante tal aparición una idea inexacta de lo que nuestros voluntarios han hecho durante la guerra.

¿Por qué un solo Tarás hirsuto y mudo, en medio de los innumerables Linskoes, Midowitchs, Gurfinkels, que unen al arrojo la elocuencia? El periodista que mejor conoce la gesta de los legionarios, por haberlos acompañado desde el principio de sus empresas, Emile Roux Parassac, escribimos poco hace:

"La historia de los españoles es la más interesante."

Y el coronel que hace un año nos recibió a don Antonio Sacristán y a mí en el campamento del primer regimiento extranjero nos dijo:

"Todos mis españoles merecen la cruz de guerra."

¿En qué consiste, pues, que se hable de ellos menos que de los polacos, de los bohemios, de los yanquis o de los sudamericanos? Sencillamente, en que entre ellos no hay ni grandes artistas, ni grandes intelectuales, ni grandes señores, ni grandes millonarios. Es el pueblo, en efecto, y no la "elite" el que ha acudido detrás los montes para ofrecer a Francia su sangre. Y el pueblo en todas partes sabe hacer la historia; pero no sabe escribirla ni comentarla. Basta leer las cartas de "Voluntaris" que el semanario "Iberia" ha publicado para notar que nuestro contingente en la guerra mundial está compuesto de héroes y no de artistas.

"Es lástima—dice Blasco Ibáñez—que entre tanto catalán y tanto valenciano no haya un Muntaner capaz de escribir la crónica de los nuevos almogávares."

La masa más compacta y más numerosa actualmente la forman los españoles. Hay quien dice que fueron 15,000 al principio de la guerra. Esto es exagerado. Fueron, en realidad, unos 3,000 de los cuales quedan 1,200. Los demás han muerto como héroes defendiendo una causa sagrada, luchando contra un pueblo que les inspira un odio instintivo. La proporción no es menor en los demás contingentes de los regimientos extranjeros. En la batalla del Artois, 6,000 legionarios asaltan las posesiones alemanas, defendidas por una brigada bávara. Después de un día de combate logran hacer huir al enemigo. Por la noche, al pasar revista, se nota que más de la mitad han pagado con la vida el triunfo.

"—Si la guerra dura aún dos años —me dice un andaluz que toma la tragedia en broma—, nuestro regimiento se compondría de cuatro hombres y un cabo...."